

ROMANCE QUINTO

EL CADÁVER. - EL FUGITIVO. - EL MUERTO

A la mañana siguiente,
 Cuando fué devoto pueblo
 A oír la misa del alba
 De Santa María al templo,
 En aquella corta calle,
 Más bien callejon estrecho,
 Que por detrás de la iglesia
 Sale frente á los Consejos,
 Se halló tendido un cadáver,
 De un lago de sangre en medio,
 Con dos heridas de daga
 En el costado y el pecho.
 Pronto fué reconocido
 Por el de Juan de Escobedo,
 Del insigne don Juan de Austria
 Secretario y camarero.
 Y como aún rico ostentaba
 La cadena de oro al cuello,
 Y magníficos diamantes
 En los puños y en los dedos,
 Que obra no fué de ladrones
 Se aseguró desde luégo;

El horrible asesinato
 Que á Madrid cubrió de duelo.

Fugitivo á pocos meses
 Antonio Perez, el reino
 De Aragon turbó con bandos
 Y desastrosos sucesos;
 Y condenado y proscrito,
 Pobre, aborrecido, enfermo,
 Murió en la mayor miseria
 En países extranjeros.

Y despues de algunos años,
 El rey Felipe ya viejo,
 Arrebatóle la muerte
 A dar cuenta al Sér supremo.
 Dónde se habrán encontrado
 Los tres, tan sólo saberlo
 Puede Dios, mas yo imagino
 Que habrá sido en el inferno.



EL CONDE DE VILLAMEDIANA

ROMANCE PRIMERO

LOS TOROS

Está en la plaza Mayor
 Todo Madrid celebrando
 Con un festejo los dias
 De su rey Felipe cuarto.

Este ocupa, con la reina
 Y los jefes de palacio,
 El regio balcon vestido
 De tapices y brocados.

En los otros, que hermoSean
 Reposteros y damascos,
 Los grandes con sus señoras,
 Y los nobles cortesanos,

Ostentan soberbias galas,
 Terciopelos y penachos.
 Las damas y caballeros
 Llenan los segundos altos,
 Y de fiesta gran gentío
 Los barandales y andamios,
 Jardin do á impulso del viento
 Ondean colores varios.

Ante la Panadería,
 Del balcon del Rey debajo,
 Y de espalda á la barrera,
 En la arena del estadio,

La guardia Tudesca en ala,
 Parece un muro de paño
 Rojo y jalde, con cornisa
 Hecha de rostros humanos,
 Sobre la cual vuelan plumas
 En lugar de jaramagos,
 Y brillan las alabardas
 Heridas del sol de mayo,
 Los alguaciles de corte
 Con sus varas en la mano,
 A la jineta en rocines,
 Están en fila á los lados.
 El Rey, la Reina, los grandes,
 Las damas, los cortesanos,
 Los tudescos y alguaciles,
 El inmenso pueblo, y cuantos
 En lá plaza están, los ojos
 Tornan de Toledo al arco,
 Por cuya barrera asoma
 Un caballero á caballo.

Vese en medio de la arena,
 Furia y humo respirando,
 Los ojos como dos brasas,
 Los cuernos ensangrentados,
 Con la pezuña esparciendo
 Ardiente polvo, el más bravo
 Retinto, á quien dió Jarama
 Yerba encantada en sus campos.
 Aún no estrenó la almohadilla
 De su cuello erguido y alto
 Hierro alguno, ni ha embestido
 Una sola vez en vano.
 Entre capas desgarradas
 Y moribundos caballos,
 Se ostenta como el guerrero
 Que se corona de lauro,
 Entre rendidos pendones,
 Sobre muros derribados;
 Del genio del exterminio
 Parece emblema y retrato.

En un tordillo fogoso,
 De africana yegua parto,
 Que de alba espuma salpica
 El pretal, el pecho y brazos;
 Que desdeñoso la tierra
 Hiere á compás con los cascos;
 Que una purpúrea gualdrapa
 Con primorosos recamos,
 De felpa y ante la silla,
 En el testero un penacho,

La cabezada y rendaje
 De oro y seda roja, y lazos
 En el codon y en las crines
 Soberbio ostenta y ufano;
 A combatir con el toro
 Sale aquel señor gallardo.
 Viste una capa y ropilla
 De terciopelo más blanco
 Que la nieve, de oro y perlas
 Trencillas y pasamanos;
 Las cuchilladas, aforros,
 Vueltas y faja, de raso
 Carmesí; calzas de punto,
 Borceguies datilados,
 Valona y puños de encaje;
 Esparcen reflejos claros
 En su pecho los rubies
 De la cruz de Santiago.
 Un sombrero con cintillo
 De diamantes, sujetando
 Seis blancas gentiles plumas,
 Corona su noble garbo.
 Con la izquierda rige el freno,
 En la diestra lleva en alto
 Un pequeño rejoncillo
 Con la cuchilla de á palmo.
 Acompañanle dos pajes
 A pié, de uno y otro lado;
 Y llevan las rojas capas
 Prontas al lance en la mano:
 Siguenle sus escuderos
 Y un gran tropel de lacayos,
 Los que por respeto al toro
 Se van haciendo reacios.

Puesto en medio de la plaza
 Personaje tan bizarro,
 Saluda al Rey y á la Reina
 Con gentil desembarazo.
 Aquel, serio corresponde,
 Esta muestra sobresalto,
 Miétras el concurso inmenso
 Prorumpen en vivas y aplausos.
 Era el gran don Juan de Tarsis,
 Caballero cortesano,
 Conde de Villamediana,
 De Madrid y España encanto
 Por su esclarecido ingenio,
 Por su generoso trato,
 Por su gallarda presencia,
 Por su discrecion y fausto.
 Gran favor se le supone,
 Aunque secreto, en palacio,
 Pues susurran malas lenguas...
 Pero mejor es dejarlo.

De todos y todas dicen,
 Y es poner puertas al campo,
 Querer de los maliciosos
 Sellar los ojos y labios.

Valiente Villamediana,
 Cortas las riendas, y bajo
 Del rejoncillo el acero,
 Vase al toro paso á paso.
 Este cabecea, bufa,
 La tierra escarba marrajo,
 Y espera instante oportuno
 En que partir como el rayo.
 El paje de la derecha
 Con grande soltura y garbo
 A la fiera irrita y llama,
 La capa ante ella ondeando.
 Embiste pues, el jinete
 Tuerce el bridon, de soslayo
 Pasa el toro, el otro paje
 Con la capa hace un engaño,
 Y lo revuelve, y de nuevo
 Lo para. Determinado
 Le ostiga de frente el Conde;
 Torna á embestir rebramando
 El jarameño; parece
 Que el caballo y caballero
 Van á volar á las nubes,
 Cuando de la fiera intactos
 En primorosas corvetas
 Se separan y con saltos.
 Un punto el toro vacila
 Bramido ronco lanzando,
 Y desplómase en la tierra,
 Haciendo de sangre un lago
 Con el torrente que brota
 Por la cerviz, do clavado
 Medio rejon aparece,
 Que el otro medio en la mano
 Del noble y valiente Conde
 Va al concurso saludando.
 Por balcones y barandas,
 Vallas, barreras y andamios,
 Formando una riza nube,
 Ondean pañuelos blancos;
 Y, ¡viva! el pueblo, repite,
 Y los caballeros, ¡bravo!
 Y ¡qué galan! las mujeres,
 Haciendo lenguas las manos.
 La Reina, que sin aliento
 Los ojos desencajados

En jinete y toro tuvo,
 Vuelve, ansiosa respirando;
 «¡Qué bien pica el Conde!» dice,
 Y, «muy bien,» los cortesanos
 Repiten. El Rey responde:
 «Bien pica, pero muy alto:»
 Y en el rostro de la Reina
 Clavó los ojos un rato.
 Esta demudóse, y todos
 Los señores de palacio,
 En quienes opinion propia
 Fuera un peregrino hallazgo,
 Repitieron, no sabiendo
 Lo que decian acaso,
 Y de entrambas majestades
 Queriendo seguir el rastro:
 «Pica muy bien; mas debiera
 Haber picado más bajo.»

Dos toros más se corrieron,
 En que caballeros varios
 Con gala y con valentía
 Gran destreza demostraron;
 Mas es pretender lucirlo
 Despues del Conde gallardo,
 Exceso del amor propio,
 Cuyos esfuerzos son vanos.
 Ser en punto medio día
 Las campanas avisaron
 De Santa Cruz en la torre.
 En su carroza á palacio
 Retiráronse los reyes,
 Tras ellos los cortesanos,
 Y aquel inmenso gentío,
 La plaza desocupando,
 Se apiñó en arcos y puertas,
 Haciendo un todo compacto,
 Que por las primeras calles
 Rompió, que luégo en pedazos
 Por otras más dividióse,
 Despues en grupos, que al cabo
 Reducidos á familias,
 Muy pronto se dispersaron.
 Tal vez así se desagua
 Un artificial pantano,
 Cuando se abren las compuertas
 Del malecon, y apretados
 Torrentes por ellas salen,
 Que luégo en arroyos varios
 Se dividen, y se pierden
 Finalmente por los campos.

ROMANCE SEGUNDO

LAS MÁSCARAS Y CAÑAS

Siguió el festejo á la tarde,
Y llenóse la gran plaza
Con el pueblo y con la corte,
Cual lo estuvo la mañana.

Magníficas son las fiestas
Que la régia villa paga,
Para celebrar el nombre
Del poderoso monarca.

De clarines y timbales
Al són que asorda las auras,
Y al de orquestas numerosas,
Que entonan guerrera marcha,

En órden y á lento paso
Numerosas mascaradas
Entran por partes distintas
Y al Rey y á la Reina acatan.

De los reinos diferentes
Que el reino forman de España,
Ostenta cada cuadrilla
Distintivos y antiguallas,

Arbolando un estandarte
Con el blason de sus armas;
Y de su música propia,
Al compás de las sonatas.

Mézclanse ligeras luégo,
Formando mímica danza,
En concertado desórden
De figuras ensayadas.

Los cascos y coseletes
De la indómita Cantabria,
De los fieles castellanos
Las dobles cueras y calzas:

Las fulgentes armaduras,
De los infanzones gala,
Del ligero valenciano
Los zaragüelles y mantas:

De chistosos andaluces
Los sombrerones y capas,
Y las chupas con hombreras
Y con caireles de plata:

Los turbantes granadinos,
Jubas, albornos, fajas:
Los terciopelos y sedas
De vestes napolitanas;

De la Bélgica los sayos
Con sus encajes y randas,
Los milaneses justillos
Con las chambergas casacas,

Y las esplendentes plumas
Teñidas de tintas varias,
Con los arcos y las flechas
Que el cacique indiano gasta;

Forman un todo indeciso
Que cubre la extensa plaza
De movibles resplandores,
De confusion bigarrada.

Parece que está cubierta
Con una alfombra persiana,
Cuyos matices se mueven
Al conjuro de una maga.

Aquí añafles moriscos,
Allí tamboril y gaita,
Más allá trompas guerreras,
Acá sonoras flautas:

Las antárticas bocinas
En un lado, las guitarras
Y crócalos en el otro;
Los caracoles de caza

Forman estruendo confuso
En que ya el acorde falta,
Y que llenando el espacio
Aún más aturde que halaga.

Por fin, terminado el baile
Sepáranse las comparsas,
Y hácia lados diferentes,
En órden puestas, descansan.

Y cada una se dirige,
Segun la suerte la llama,
A saludar á los Reyes
Con solemnidad y pausa,

Y doblando la rodilla,
Ofrecen á su monarca
Un rico don de productos
De aquel reino que retratan.

Despejando luégo todas,
El circo desembarazan
A los nobles caballeros
Que salen á correr cañas.

Por la izquierda y la derecha
A un tiempo entraron galanas
Dos diferentes cuadrillas
Que á unirse en el centro marchan.
Compónese cada una,
Compitiendo en garbo y gala,

De doce nobles jinetes
Que de dos en dos avanzan.
El conde de Orgaz, mancebo

De gentileza y de gracia,
Es caudillo de la una;
De la otra es Villamediana.
Aquél, en caballo negro

Enjaezado de plata,
De terciopelo amarillo
Con celestes cuchilladas,
Vestido sale: figura

Con argentinas escamas
Peto y espaldar, y azules
Lleva plumas y gualdrapa.
Este, en un caballo blanco,

Cuya crin el oro enlaza,
Ostenta un rico vestido
De terciopelo escarlata:
El arnés de hojuelas de oro

Y de rica seda blanca,
Con brillantes bordaduras
Los afollados y faja.

Unidas las dos cuadrillas
Hácia el régio balcon ambas,
Al paso, la pista siguen
De los jefes que las mandan;

Y el concurso en gran silencio
Curioso la vista clava
De los dos gallardos Condes
En las brillantes adargas;

Pues logrando de discretos
Y de enamorados fama,
Interesa á todo el mundo
Ver las empresas que sacan.

Es la de Orgaz una hoguera,
De la que el vuelo levanta
El fénix con este mote:
Me da vida quien me abrasa.

Un lebrero solamente
Es la de Villamediana
Que dice: *Son mis amores...*
Y luégo reales de plata

Puestos cual si fueran letras,
Con que aquel renglon acaba.
La empresa de Orgaz la entienden
Todos, y aciertan la llama

Que le da vida y le quema.
La del de Villamediana
Despierta más confusiones,
Aunque es en verdad bien clara.

Propension funesta tiene
El jóven galan que alcanza
Favores de una señora,
A la par hermosa y alta,
De publicarlos al punto
Y de sacarlos á plaza:

TOMO II

Vanidad de enamorados
Que en peligros no repara.
Muchos el sentido entienden

Que las monedas declaran;
Mas por miedo disimulan
Y de explicarlo se guardan.
Otros, necios, se calientan

Los cascos por descifrarla.
Son mis amores dinero,
Repiten; pero no cuadra
Con el carácter del Conde

Esta explicacion villana.
Mis amores efectivos
Son, dicen otros: ¡bobada!
Velasquillo el contrahecho,

Enano y bufon que alcanza,
No sin despertar envidia,
Gran favor con el Monarca,
A disgusto de los Grandes

En el balcon régio estaba,
Malicias diciendo y chistes,
Con insolencia y con gracia.
Y ó por faltarle su astucia

Entónces, ó porque trata
De vengarse del desprecio
Con que la Reina le acaba;
O porque ve de mal ojo

Al noble Villamediana,
O por gusto de hacer daño,
Que es de tales bichos ansia,
Dijo: «Ta, ta; ya comprendo

Lo que dice aquella adarga:
Son mis amores reales,»
Y soltó la carcajada.
Trémulo el Rey y amarillo,

Y conteniendo la saña,
«¡Pues yo se los haré cuartos!»
Respondió al punto en voz baja.
Lo oyó la Reina, y quedóse

Inmóvil como una estatua,
Pálida como la muerte,
Hecha pedazos el alma.

Las cuadrillas empuñando,
En vez de robustas lanzas,
De cintas y oro vestidas
Leves quebradizas cañas,

Se embistieron... Imposible
Es ya que encuentre palabras
Con que describir la fiesta:
Mi atencion la Reina embarga.

¡Pobre señora! Tampoco
Merece versos y fama
Tal diversion, ya reflejo
Débil, copia degradada

De las justas, que há dos siglos
Los caballeros usaban
Con gloria; que nunca gloria
En donde hay peligro falta,



ROMANCE TERCERO

EL SARAÓ

Mientras que la monarquía
Se desmorona, y el borde
Toca de una sima horrenda,
Duermen en pueriles goces,
Entre placeres se aturden,
Deleites sólo conocen,
Sin cuidarse del peligro,
El rey de España y sus nobles.

Así una casa se quema,
Así desdichas atroces
Sobre una infeliz familia
El ciego Destino pone;
Y en tanto el imbécil ríe,
Duerme el embriagado jóven,
Y el niño con sus juguetes
Es el más feliz del orbe.

Si alegre fué todo el día
Con públicas diversiones,
Con saraos y luminarias
No lo fué menos la noche.

El pueblo las anchas calles
En gozosas turbas corre,
Para ver iluminadas
Las casas de los señores.

En las plazas principales
Suenan músicas acordes,
Y farsas se representan
Del Rey celebrando el nombre.

Del palacio del Retiro
Llenos están los salones,
De todo el fausto y la gala
Que son honra de la corte.

En los soberbios jardines
Brillan vasos de colores,
Que en el estanque reflejan
Formando guirnaldas dobles.

Y en que las picas de guerra
Dobles petos abollaban;
No los juncos inocentes
Sedas, brocados y holandas.

Un gran fuego de artificio
Las densas tinieblas rompe,
Y rastros de luz envía
A las celestes regiones:

De los rayos que le lanzan
Los nublados tronadores,
Dijérase que la tierra
Se estaba vengando entónces.

Varias encendidas ruedas,
Girando luégo veloces
En atmósfera de chispas,
Parecen mágicos soles;
Mas pronto en huecos tronidos
De humo blanco alzando un monte,
Se disipa, y desaparece
Aquel gigantón enorme

De luz, que ofuscó los astros,
Y que deslumbró á la corte,
Como trasunto ó emblema
Del orgullo de los hombres.

En el salón de los reinos,
Donde el trono de dos orbes
De oro y terciopelo estriba
En colosales leones,

El Rey está con las damas,
La Reina con los señores,
Y chocolate y conservas,
Y helados pasan en órden,
En marcelinas de oro
Y en bandejas, cuyos bordes
Lucientes piedras adornan,
En caprichosas labores.

En seguida se bailaron,
Al compás de alegres sonos,
Las folías y chaconas,
Y aún zarabandas innobles.

De cada señora al lado
Sitio un caballero escoge,
Y en un cojín para hablarle
La rodilla izquierda pone.

Allí en animados grupos
Lo más rico y lo más noble
De Madrid y España asiste,
Y extranjeros de alto porte.

Estaban pues... ¿de qué sirve
Que el tiempo perdamos, nombres
Ya olvidados repitiendo,
Y que alcanzaron entónces

Boga por riqueza y sangre,
Mas que hoy ya nadie conoce?
De conocidos hablemos,
De amigos nuestros, de hombres
Que aún los vemos y tratamos,
Aunque há dos siglos que esconde
Sus cenizas el sepulcro,
Sima que todo lo sorbe.

En un lado de la sala
Estaba el famoso Lope,
El fénix de los ingenios,
Con el cabello y bigote

Blancos como pura nieve;
Y al través se reconoce
De sus clericales ropas
Que fué guerrero de jóven.

La insignia adorna su pecho
De la hospitalaria órden,
Y el fuego brilla en sus ojos
Que hace á los mortales dioses.

Con él habla un caballero,
Cabeza gorda, deformes
Los piés, de negro azabache
Melena y barba, mas noble

Aspecto: diciendo chistes
Está, y resuenan conformes
Carcajadas y aún aplausos,
En cuantos hablar le oyen.

Es don Francisco Quevedo,
A quien un clérigo torpe
Ya por la edad, ceceando
Y con malicias responde.

Ser el tal pronto se advierte
Don Luis Góngora y Argote,
Del nuevo estilo de moda
Inventor, columna y norte.

El padre Paravicino,
Que de sabio alto renombre
Goza, y á Madrid encanta
Por sus peinados sermones,

También es del corro; y luégo
En él ufano ingirióse,

Aún tan niño, que en sus labios
Ni bozo se ve que asome,

Don Estéban de Villegas,
Español Anacreonte,
En versos cortos divino,
Insufrible en los mayores.

En una pausa del baile,
De Villamediana el Conde,
Que ha danzado con la Reina,
Alargó la mano á Lope,

Y como ingenio de marca
Entre los otros mostróse.
Acaba de publicarse
Su poema de *Factonte*,

En aquel tiempo un prodigio,
Que hoy tiene apenas lectores;
Obra de perverso gusto
Y de hinchados clausulones.

Góngora, que envanecido,
Un adepto de alto nombre
Ve en tan claro personaje,
Sus encomios prodigóle.

Y todos lo celebraban,
Aunque yo decir no ose
Si sus versos aplaudían
O su favor en la corte.

Don Francisco Manuel Melo,
En quien se juntan las dotes
De historiador y poeta
Con los bélicos blasones,

Allí está, aunque taciturno:
Sin duda abriga temores
De que el duque de Braganza
Su osado intento no logre.

El gran don Diego Velazquez,
De pinceles españoles
Gloria, también conversaba
Con tan famosos autores;

Pero lo que dicen ellos,
Parece que apenas oye,
Porque de Rubens los cuadros
Con gran encanto recorre;

Y en aquel retrato ecuestre
Del Emperador, en donde
Apuró Ticiano el arte,
Los ojos árabes pone.

También el Rey un momento
Afable al corro acercóse,
Hablando de una comedia
Que salió al público entónces,

Y cuyo autor se nombraba
Un ingenio de esta corte.
A la cual, aunque por cierto
Era un disparate enorme,